



INSUMOS PARA COMISIÓN PASTORAL DE LA CECH

Reunión 13 de septiembre de 2018

Asisten tres representantes del equipo coordinador de Mujeres Iglesia:

Luisa Escobar, carmelita misionera

Magdalena Muñoz, licenciada en Ciencias Sociales, estudiante de teología

Judith Schönsteiner, profesora universitaria, doctora en derecho

Nos presentamos: Mujeres Iglesia Chile

El espacio de Mujeres Iglesia – una red de mujeres católicas a lo largo de Chile – nace de la inquietud de mujeres comprometidas con el Evangelio e Iglesia de Jesucristo, con el objetivo de tomar conciencia de las incomodidades que vivimos las mujeres hoy en la Iglesia, las desigualdades y malestares; volviendo desde Dios, a celebrar nuestra valía como mujeres para proponer con esperanza los cambios que podemos y debemos hacer en la iglesia de hoy.

Es un espacio transversal, donde tienen cabida mujeres de distintas regiones, estado civil, estado de vida, nivel socio-económico y educativo. Lo que nos une es la motivación de empoderarnos a través de la formación, el diálogo, la oración y la celebración, para seguir contribuyendo a nuestra Iglesia.

Mujeres Iglesia no cuenta aún con una orgánica. Nos queremos dejar guiar por la Ruah, el Espíritu de Dios, donde más se nos necesite en estos tiempos. El equipo coordinador se guía por la transparencia y la participación.

Nos orientan tres ideas clave:

1. Dios habla en nosotras las mujeres

Lo sabemos, lo creemos, lo hemos experimentado. Dios siempre tiene la iniciativa, nos primerea con su infinita gracia, dándose a nosotras, abriendo nuestra mirada, nuestros oídos, quitando obstáculos que por siglos nos hicieron creer que necesitábamos intermediarios (varones sagrados) para poder alcanzar esa salvación que Jesús ya nos regaló, la salud del alma, la paz, el deseo de verdad, de justicia, de amor. Somos mujeres



habitadas por Dios, inmerecidamente, sólo porque Dios, Ruah, Jesucristo en su infinito Amor, lo desean. Redescubrimos también, mujeres que a lo largo de la historia así lo percibieron y valientemente, se atrevieron a expresarlo.

Como dice la teóloga brasileña María Clara Bingemer: *“La mujer siente a Dios y a su misterio de otro modo”* por tanto, *“si la mujer siente a Dios de otro modo, es claro que también piensa y habla sobre Dios de otro modo”*. Luego esta buena noticia que experimentamos “de otro modo”, de sabernos llamadas, sanadas, amadas, habitadas por Dios nos impulsa a no callar, a anunciar como María de Nazareth y María Magdalena, las Maravillas en que Dios continúa manifestando su reino.

2. Unidas a Dios, unidas entre nosotras

Históricamente las mujeres hemos buscado estar unas con otras, compartir las inquietudes, los misterios de nuestros ciclos biológicos, los detalles íntimos de cuando crece una criatura en nuestro vientre, los dolores y la fortaleza de dar a luz, el cómo cuidamos la vida, la protegemos. Lo hemos hecho mediante el diálogo y a veces con sacrificios que nadie nota, que solo nosotras conocemos porque nuestros corazones y nuestros cuerpos, los han experimentado. Sabemos hasta dónde somos capaces de dar la vida por otros y otras. Pero también hemos sufrido el juicio cuando hemos querido desarrollar nuestros talentos, los diversos y múltiples dones que Dios generosamente nos ha dado y que no se conforman ni limitan fácilmente con la imagen de “mujer” de cada época.

Sabemos lo complejo que ha sido históricamente ir atreviéndonos a salir a la esfera pública; somos conscientes del caminar necesario para sacar nuestra voz y lo que cuesta ser escuchadas. Sabemos que nuestra presencia reflexiva, crítica, proactiva genera anticuerpos no sólo en los varones, que nos ven con desconfianza como si quisiéramos apropiarnos de algo que les pertenece. También experimentamos la competencia entre nosotras mismas en esta lucha de ser validadas por quienes detentan la autoridad, que por lo general son varones. Nos experimentamos desafiadas a participar en los espacios de toma de decisiones en la Iglesia, pero experimentamos frecuentemente que a ellos no tenemos acceso y de tenerlo, nuestra opinión vale menos que la de los hombres. Como Mujeres Iglesia comprendemos que el caminar adhiriéndonos a Dios, es estar unidas también entre nosotras, valorando cada esfuerzo, cada logro, cada palabra nueva que una mujer es capaz de decir en público.



3. Entrenar la mente, el corazón y la voluntad de la mujer nueva: información, formación, reflexión, oración, acción

Parfraseando a san Pablo: *“revístanse pues de la mujer nueva, la mujer según Dios que él crea en la verdadera justicia y santidad.”* cf. Ef. 4, 24. ¿Cuál es esa criatura nueva que Dios crea en justicia y santidad? Esa mujer nueva requiere un entrenamiento, un renacer -como dijo Jesús a Nicodemo-, para volver a mirarlo todo, conscientes de la acción de la Ruah, de quien conoce su sonido, pero no sabe ni de dónde viene ni a dónde va. Esta mujer nueva, es la mujer del discernimiento, es María de Nazareth “ponderando” la palabra de Dios en su corazón, para luego atrever a involucrarse en los planes de Dios, juntas y junto a los hombres. Se trata, entonces, de un triple entrenamiento:

i. Entrenar la mente: conocer a Dios manifestado en Jesucristo, conocer la Palabra, la tradición de la Iglesia, desarrollar los ministerios real, profético y sacerdotal. Ello requiere estudio, lectura y no perder de vista las mujeres que ya han comenzado este caminar. Conocer no sólo el pensamiento de las cinco doctoras de la Iglesia, sino de todas las mujeres profetas, místicas, teólogas de nuestros tiempos – católicas y de otras denominaciones cristianas. Requiere también una mirada crítica al acontecer para discernir en lo cotidiano de la vida los signos de los tiempos donde Dios sigue hablando a la humanidad.

ii. Entrenar el corazón: entendido el corazón como aquello más íntimo donde Dios se comunica con su criatura. Este espacio requiere oración, tiempos de escucha atenta a la Ruah, actos de piedad y litúrgicos, personales y comunitarios que nos recuerdan que nuestra fe es con otros y otras. Requiere silencio, abandono y vaciarse de lo conocido, de los modos aprendidos, hacernos receptivas a Dios que es novedad en cada día. Como decía santa Catalina de Siena: *“hacernos capacidad para que Dios sea torrente”*.

iii. Entrenar la voluntad: para dejarnos lanzar por la Ruah hacia donde quiera llevarnos. Salir del espacio privado en el que hemos estado a lo largo de los siglos como mujeres y como mujeres de Iglesia. Necesitamos entrenar la voluntad para lanzarnos a hablar, a decir una palabra sobre Dios desde nuestras experiencias. Necesitamos entrenar la voluntad para dejar a los nuestros cuando sea necesario, para movilizarnos y llevar ese anuncio de la buena noticia que necesita seguir sembrándose en medio de la Iglesia y especialmente de las mujeres. Otro entrenamiento no menor será hacernos conscientes de aquellas tareas que históricamente hemos desarrollado (lavar, planchar, servir la mesa, cocinar, servir el café, tomar nota, ser la secretaria del grupo) para dar espacio a los varones a desarrollarse también en estas nobles tareas que permiten el bienestar en los



hogares y en las instituciones; para dar paso a nuevas acciones como son: estar atentas para opinar, reflexionar, cuestionar e idear nuevos modos de conducirnos como Iglesia y de pensar una evangelización que responda a las necesidades de esta época.

Actividades que hemos realizado:

Encuentro Nacional 2017: Mujer, ¿qué dices de ti misma?

Carta al Papa Francisco en su visita a Chile, Enero 2018

Realización de encuentros formativos mensuales

Encuentro Nacional 2018: El Evangelio que anunciamos las mujeres

Comentarios al evangelio dominical: desde inicio de cuaresma 2018

Participación en talleres, foros, paneles y círculos de estudio donde se nos invita

Liturgia de Santa María Magdalena, 22 de julio de 2018 (en Santiago y distintas regiones)

Respecto a la Carta a Conferencia Episcopal de Chile, de la cual queremos solo recordar algunas sugerencias:

- Necesitamos volver a Jesús, a su mensaje vivificador, sanador y salvador.
- Necesitamos verbalizar y llorar los abusos.
- Los invitamos a pedir perdón.
- Los invitamos a colaborar con la justicia civil, de manera proactiva y transparente.
- Revisar y enmendar el ejercicio del poder.
- Fomentar y capacitar para la participación de l@s laic@s, como adult@s en la fe e igualmente dotad@s del Espíritu.

Proponemos: mayor participación de la mujer en la toma de decisiones en las parroquias y diócesis.

Nuestra Iglesia está herida por el pecado del clericalismo (fomentado principalmente por la cultura machista en la que vivimos), esto afecta las relaciones entre el clero y el laicado, especialmente femenino. Constatamos que la Iglesia no se ha actualizado a la luz de los signos de los tiempos, en los que la mujer empieza a ser valorada por la variedad de dones que Dios le ha regalado – dones de cuidado y maternidad, pero también dones que tradicionalmente se creían asociados principalmente a los hombres (la reflexión teológica, los criterios pastorales respecto a la vida sacramental, los discernimientos respecto a la misión, la predicación, etc.). La Iglesia es una institución que relega a más de la mitad de sus miembros – ya que las mujeres constituimos claramente más de la mitad de las comunidades parroquiales – a quedar



fuera de los procesos de toma de decisiones significativa. ¡Qué riqueza, sabiduría y fuerza nos estamos perdiendo en la construcción del Reino!

Creemos que la renovación de la Iglesia necesariamente vendrá desde la inclusión de las mujeres en la toma de decisiones a todo nivel, y las contribuciones que podremos hacer desde ese lugar. Si las mujeres participáramos en la toma de decisiones, la **colaboración** entre varones y mujeres se haría más real; ya que colaboración no significa que algún@s (usualmente laic@s) ejecuten lo que otros han diseñado; significa un proceso conjunto de discernir los caminos de Dios, toma de decisiones, y puesta en práctica de lo discernido.

En concreto, podemos pensar, por ejemplo, en la introducción de **consejos consultivos o asesores** para las distintas comisiones de la CECh, integrado por laic@s y religios@s, donde esté presente una perspectiva sobre la Iglesia desde la mujer. Las opiniones de los consejos se deberían tomar en cuenta de buena fe, y los obispos deberían explicar sus razones cuando se apartan de sus recomendaciones. Los consejos consultivos tendrían que representar la diversidad de posturas y experiencias de vida que las mujeres tenemos en la Iglesia: edad, estado de vida, nivel socio-económico, espiritualidades distintas, y posturas más o menos críticas en relación al modelo actual de administración del poder.

También podemos pensar en **equipos mixtos** en la coordinación de las parroquias (presidentes/as de consejos parroquiales), o en modelos de alternancia entre hombres y mujeres – considerando que son los hombres quienes usualmente son los presidentes, aunque las mujeres son quienes realizan la mayor parte del trabajo en las parroquias. En este caso lo más efectivo para lograr cambios de mentalidad, actitud y estructuras es considerar en la constitución de consejos parroquiales cuotas de participación que aseguren voz y voto de mujeres y varones por igual.

Finalmente, podría pensarse en llamar a **religiosas o laicas a liderar algunas de las vicarías** de las diócesis. No es realista seguir sosteniendo un mínimo de estructura pastoral si creemos en su renovación solo con sacerdotes. Este es un tiempo de crisis muy fuerte para todos y todas, pero que lo están padeciendo de un modo particular nuestros hermanos sacerdotes. Su tarea ahora es volver a Cristo desde su ministerio y no desde el poder. Necesitan espacio de renovación y conversión personal-pastoral. Sí, queremos pastores con olor a ovejas. Todo lo demás, puede ser misión de las y los bautizados.



Sería importante, en estos contextos, que las mujeres puedan aportar con su **propio estilo de liderazgo**. Reconocemos que este cambio de cultura institucional es el que más tiempo tomará. No es fácil desarrollar un estilo de liderazgo propio si lo único que se ha valorado por siglos, es un estilo de liderazgo masculino. Por tanto, recomendamos que hombres y mujeres quienes trabajarán junt@s en la toma de decisiones para nuestra Iglesia, puedan periódicamente **reflexionar**, con el apoyo de un(a) expert@ extern@, sobre el estilo de liderazgo que quisieran desarrollar, cuáles son los obstáculos, y cuáles son los avances que han logrado al respecto.

Proponemos: formación teológica-pastoral desde una mirada de mujer.

Como Iglesia tenemos una deuda enorme con las mujeres católicas. La formación para nosotras es de acceso comúnmente complicado. Si bien se hacen esfuerzos en algunas diócesis por fomentar la formación del laicado en curriculum telógico-pastorales y cursos de formación permanente, sabemos que el porcentaje que puede hacerlo es muy menor al que se necesita.

El tema de la formación pasa necesariamente por financiar o gestionar a través de redes una mejor y mayor participación formativa del laicado, especialmente de las mujeres.

Mujeres Iglesia es una red que podría aportar para mejorar esta situación. En **mutua colaboración** podemos convocar y prestar formación teológica pastoral a las mujeres y laicos de nuestras parroquias que no tienen acceso a universidades o a los cursos organizados por las vicarías, poniendo especial atención en regiones, donde vemos con un nivel más deficitario el acceso a estos espacios. No podemos pensar en un laicado maduro en su fe, dispuesto al cambio y las necesarias renovaciones que los tiempos nos exigen, si los creyentes no sabemos de teología, biblia, liturgia, eclesiología, etc. Este conocimiento no puede seguir restringido para un grupo que puede económicamente acceder, sino también para quienes participan en las parroquias y capillas más sencillas y vulnerables.

La posibilidad que Mujeres Iglesia ve en esta coyuntura crítica de la Iglesia, aparece en un tiempo propicio para acompañar al laicado a asumir su “carnet de adultos en la fe”. No hay que temer a **la mirada de la mujer en la Iglesia**, puede ser muy liberadora, teniendo en cuenta que hasta ahora no conocemos otra forma de mirar, pensar e incluso creer en lo que somos como pueblo de Dios, sino desde la mirada masculina. Somos un aporte valioso y constructivo, lo sabemos, lo hemos experimentado. Supone un acto de fe



y de riesgo necesario para toda la Iglesia, confiar en este **aporte intelectual** para que las mujeres católicas, también hoy, seamos capaces de dar razón de nuestra fe.

Creemos también que urge la **formación de teólogos y especialmente teólogas laicas**, que puedan, desde su estudio y vocación, hacer llegar estos conocimientos a aquellas comunidades más carentes de acompañamiento teológico-pastoral. Se hace fundamental entonces pensar en la promoción de los estudios teológicos no sólo como requisito mínimo para la formación sacerdotal y religiosa, sino como una opción de profesión y vida para tantos y tantas laicas que quieren contribuir desde sus conocimientos y formación al desarrollo de la Iglesia. Creemos que la destinación de recursos a becas de posgrado y especialización es absolutamente necesaria; esta asignación debe privilegiar a quienes se dedicarán por completo a la teología por sobre aquellos que ya se encuentran sobrecargados de tareas pastorales.

Proponemos: participación de la mujer en la liturgia

La liturgia es el espacio donde el pueblo de Dios agradece a su Creador, celebra la vida y los dones y gracias de Dios, pide su ayuda y misericordia, y fortalece su espíritu comunitario. Donde dos o tres están reunidos en nombre de Jesús, allí está él en medio de ellos y ellas. Es por eso que, desde sus orígenes, la Iglesia ha dedicado una especial atención a las actividades litúrgicas.

En estos tiempos vuelve a despertar la conciencia de la participación de laicos y laicas en la iglesia, y, además, la conciencia de la necesidad de revisar el rol al que se relega la mujer en la Iglesia. Por tanto, las reflexiones que estamos haciendo con y sobre las mujeres, deben abarcar lo litúrgico, para que la liturgia mantenga su relevancia en la vida del pueblo de Dios y atraiga hacia el evangelio, en vez de alejar. La participación activa en las liturgias, y especialmente, la eucaristía, es lo que fomenta nuestra fe; por tanto, creemos que hay que cuidar especialmente la posibilidad de participar activamente en esta celebración comunitaria.

Desde distintos rincones de Chile hemos escuchado propuestas y prácticas concretas de mujeres, adolescentes y niñas en relación a la liturgia. Sirven como **acólitas** – pero en muchas parroquias, aún no lo pueden hacer, o lo pueden hacer solamente antes de la pubertad, y se sienten alejadas del misterio más importante de nuestra fe, la eucaristía.



Muchas mujeres sirven como **ministras de comunión**, como corolario evidente y natural a su trabajo como catequistas. Sin embargo, en algunas parroquias, y especialmente, en las celebraciones más solemnes como las de los obispos, no prestan este servicio.

Mujeres a lo largo de nuestro país presiden celebraciones litúrgicas, asegurando que la comunidad se pueda congregarse en oración especialmente en situaciones cuando no hay sacerdote que pueda celebrar la eucaristía. Sin embargo, se percibe a veces como una liturgia “menos importante”, que se hace por “falta de mejor opción”. Ciertamente, la eucaristía es el centro de nuestras celebraciones, pero no podemos devaluar las otras.

Muchas mujeres tienen formación y vocación para anunciar la Buena Noticia – pero usualmente, no predicán. Valoramos especialmente las oportunidades que hemos testimoniado este año cuando escuchamos a **mujeres anunciar el evangelio y predicar** en las comunidades. Las mujeres tenemos algo que decir sobre el Evangelio, tenemos mucho que compartir sobre la fe y nuestra reflexión sobre el mensaje de Jesús desde nuestra experiencia de mujeres.

Finalmente, en muchas parroquias ya se está haciendo un considerable esfuerzo de celebrar liturgias con **lenguaje inclusivo**, dirigiéndose a hombres y mujeres, niños y niñas. ¡Es tan importante para nuestro celebrar hallarnos “presentes” en el lenguaje que usamos para anunciar el Evangelio, leer las lecturas, y especialmente, orar! Sin embargo, los leccionarios y misales aún no representan estos cambios culturales, por lo que, en muchas parroquias, no se toma aún consciencia de la contribución que podría hacer un lenguaje inclusivo en fomentar la participación y devoción de las mujeres, especialmente, las jóvenes. El lenguaje crea realidades, también realidades de un sentir una permanente falta de inclusión y consideración, y, por tanto, en muchas, un sentirse “menos hija de Dios”.

En concreto, proponemos, que todos los obispos de Chile permitan y alienten la participación de acólitas de todas las edades en las eucaristías, fomenten el servicio de ministras de comunión, valoren el servicio de las mujeres que presiden liturgias, y permitan y fomenten la participación de las mujeres en el kerygma, el anuncio y la predicación de la Buena Noticia a la comunidad.

Que se realice una revisión del lenguaje litúrgico para fomentar formas de anunciar la Buena Noticia y formas de orar que incluyan explícitamente a las mujeres.



En otros espacios, algunas de nosotras han elaborado estas propuestas o profundizado en su justificación. Con gusto compartiremos esos textos.

Nuestras propuestas son a corto y largo plazo, pero todas realizables si nos empeñamos en mirar hacia adelante con esperanza y asumimos con humildad el presente. Hay mucho que dialogar, todo no puede ser dicho en tan poco tiempo. Pero, hermanos obispos, sepan que las mujeres en la Iglesia seguiremos *“diciendo”* hasta ser escuchadas porque aquí se juega algo más grande que nosotras y ustedes, es Cristo y su Reino. Y porque la misión de la Iglesia no es para sí misma, sino para *“parir”* el Evangelio donde la vida clama.

Santiago, 13 de septiembre de 2018